

DEMONIOS EN EL EDÉN

José Garrido Villanueva

Tres años antes

Rubén apagó el móvil con gesto nervioso y se lo guardó en el bolsillo.

—¿Ocurre algo, Rubén? —preguntó Nora, que en ese momento estaba a su lado en el porche de entrada de la casa de El Edén.

—Me acaba de..., de llamar un tractorista. Por lo visto, tenemos una avería en el sistema de riego —murmuró algo alterado.

—Te veo intranquilo. ¿Tan grave es el asunto?

—La verdad es que sí. Afecta..., afecta a varios pivots y si no se soluciona lo antes posible, podría dañarse una considerable cantidad de hectáreas de cultivo. Tengo que irme. Lo siento, cariño. Cenad vosotras sin mí. Yo ya comeré algo cuando regrese —dijo mientras la miraba con un inconfundible gesto de preocupación.

Ella le cogió las manos y le besó con ternura.

—¡Qué le vamos a hacer! Lo primero es lo primero. ¡Ojalá puedas arreglarlo!

Para entonces, Rubén ya descendía los tres escalones que le llevaban a la explanada que rodeaba la casa. Una vez allí, subió al vehículo e inició la marcha tras saludar a Nora con la mano a través de la ventanilla. Ella le devolvió el saludo y se quedó mirando como el coche levantaba una auténtica polvareda mientras avanzaba con rapidez por el sendero de grava. Un poco más tarde, tras un alto del camino, le perdió de vista.

Rubén conducía muy rápido, quizá demasiado, cuando una figura se le vino encima nada más dejar atrás el collado. De pronto, la persona que caminaba hacia él por el borde del camino, empezó a cruzarse delante del coche agitando los brazos.

El joven tuvo que frenar en seco, aunque no fue suficiente y dio un giro brusco a la izquierda, aferrándose al volante y a los pedales de inmediato con todas sus fuerzas, como si le fuera la vida en ello. Pero ya no tenía el

control y una fracción de segundo más tarde, el vehículo se inclinaba fatalmente hacia el barranco. Rubén gritó en su interior para liberar su angustia, pero sin poder evitar que el coche emprendiera una errática carrera dando tumbos por el terraplén mientras él veía escapar su vida en el interior del habitáculo.

Veinte metros más abajo, la puerta del conductor se abrió y salió despedido, como si se tratara de un lastre del que fuera necesario librarse. Sobre su oreja izquierda se abrió una brecha enorme al golpearse contra una roca. La cara empezó a cubrirse de sangre.

Entre tanto, el coche siguió su camino hasta detenerse, medio destrozado, en el fondo del barranco. Una de las ruedas delanteras seguía girando inútilmente, así como las luces, que aún permanecían encendidas, como si no se hubieran percatado del final del viaje.

Nora había escuchado la violenta frenada que anunciaba que su marido había sufrido un contratiempo y acto seguido le llegaron los sonidos del vehículo descolgándose por la ladera. Con los nervios a flor de piel, echó a correr en esa dirección. Conocía el terreno perfectamente y sabía los peligros que encerraba salirse del camino en esa zona. Por eso, a medida que avanzaba y que pasaban los segundos, el corazón comenzó a golpearle en el pecho como si quisiera escapar de él.

Escondida entre la maleza del camino, una persona observaba impasible a Nora...

Nora se asomó al porche de la casa. Hacía unos minutos que no oía a la pequeña Andrea e imaginó que se habría alejado de las inmediaciones de la vivienda. Sabía que aquel era un lugar apartado y poco peligroso, pero

deseaba tenerla controlada en todo momento, sobre todo, desde el accidente mortal que le costó la vida a su marido hacía ya tres años.

Durante unos instantes, su recuerdo ensombreció sus hermosos ojos color avellana. Ella sabía que no solo temía por su hija. En realidad, se sentía muy sensible. Hacía apenas unos años, cuando salía con Rubén, se consideraba una mujer muy feliz. Una felicidad que alcanzó su punto culminante cuando contrajo matrimonio con él. Después, siguieron unos meses maravillosos, embriagadores, durante los que llegó a pensar que el paraíso no había que buscarlo en el cielo, que podía encontrarse aquí abajo si se daban las condiciones adecuadas. Pero, como suele suceder, por una de esas particularidades de la condición humana, que a veces cuando todo le es favorable tiende a sentir que esos tiempos los vive de prestado, como si no tuviera derecho a ellos si antes no se los ha ganado esforzándose convenientemente, tenía la sensación de que esa felicidad no podía ser duradera. Y como si el simple hecho de pensarlo fuera más que suficiente para hacerlo realidad, su suerte comenzó a cambiar.

Estaba embarazada de su hija cuando su padre enfermó de cáncer. Fue un embarazo duro que le obligó a permanecer en cama durante los últimos cinco meses de gestación. Este período coincidió con la enfermedad de su padre, una enfermedad que se encontraba en su fase terminal cuando dio la cara. Y Nora se vio postrada en el lecho, luchando contra los médicos y contra su marido —su madre había fallecido de un infarto cuando ella era una niña, antes de la llegada de la familia a Ribera—, pugnando por estar junto a su padre mientras él agonizaba, deseo este que le fue permitido cumplir en muy contadas ocasiones. Fueron unas visitas esporádicas que reavivaban sus ansias por estar a su lado, al tiempo que se consumía encerrada entre las cuatro paredes de su casa.

Después llegó el desenlace. Con Nora fuera de cuentas, la escasa resistencia física de su padre cedió a los embates de su enfermedad. Justo cuando estaban en la iglesia celebrando el funeral, ella rompió aguas y

Rubén se vio obligado a llevarla al hospital. Con un llanto desolado, Nora se quejaba amargamente de no poder despedirse de él en el último momento cuando el ataúd fuera introducido en el nicho, que esperaba impasible el momento de arrancarlo de una forma definitiva de este mundo.

Con el nacimiento de Andrea, Nora creyó que podría llegar la estabilidad a su vida. Con un marido que desde el comienzo de la enfermedad de su padre estaba volcado en ella cada minuto que su trabajo le permitía, Nora pareció aceptar el hecho irrefutable de que la pérdida de un progenitor necesariamente hay que entenderla como lo que es a fin de cuentas, ley de vida, por la que los mayores han de dejar paso a los que vienen detrás. Y de este modo, la sensación agobiante que la invadía de que la existencia de su padre no había sido compatible con la de su hija y tuvo que fallecer para dejarle su sitio a la pequeña, en parte fue perdiendo presencia en sus pensamientos y permitiéndole, más o menos, gozar de lo que tenía a su alrededor.

Aun así, le dolía mucho reconocer que, muy a su pesar, seguía permaneciendo en su corazón una levísima sensación de que Andrea tenía una deuda pendiente con su familia. Y en cuanto bajaba la guardia, aún prevalecía el convencimiento deprimente de que jamás le perdonaría, aunque siempre evitaba pensar en ello, que el abuelo hubiera tenido que morir para que ella viviera. Era una sensación infinitesimal pero firmemente arraigada, que le impedía, en aquellos tiempos de soledad, encontrar el amparo que precisaba en la compañía de su hija, como si la presencia de ella no fuera lo bastante importante para colmar el vacío que había dejado en su alma la desaparición de su padre.

Ella sabía que su conducta respecto a Andrea era abominable. Nadie ha de dejar de vivir para que otro nazca. Aquí hay sitio para todos, y la presencia de un nuevo y único individuo jamás propiciará que el mundo no pueda hacerle sitio y mantenerlo. Por ello, se empeñó en luchar por aceptar la presencia de su hija y darle en su vida todo el protagonismo que merecía,

por mucho que aquellas condiciones de soledad y desamparo se interpusieran en la naturalidad con que una madre debe enfrentarse al nacimiento de su hijo.

Más tarde, la muerte de Rubén fue otra nueva cuchillada en su vida y sola con su hija se vio obligada a volcarse en ella en busca de algo que estabilizara su precario estado emocional.

Durante largos meses después del trágico accidente, se sintió muy vulnerable, y una de las razones por las que prefirió permanecer en la casa fue la decisión que tomó acerca de que debía tenerlo todo controlado, en especial lo concerniente a su hija. En ningún otro lugar tendría la tranquilidad de pensar que podía dominar su entorno y evitar que desgracias como las que había padecido volvieran a repetirse.

Localizó a la niña a unos ochenta o noventa pasos en dirección al bosque que se extendía al otro lado de la amplia explanada donde se alzaba la vivienda. Jugaba a la sombra de los primeros árboles.

—Andrea, no te alejes de casa. Sabes que no me gusta que estés sola por ahí. Puede haber bichos que te puedan asustar.

—No me marchó, mamá. —La voz musical de la niña llegó acompañada de una oleada de tranquilidad—. Estoy aquí, jugando.

—¿Quieres merendar?

—No tengo hambre. He comido mucho a mediodía.

—De acuerdo, pero ya sabes, no te vayas de ahí.

—No me voy, mamá.

La mujer se sentó a la sombra de la marquesina durante unos minutos. Hacía calor, pero era soportable.

La casa, un regalo extraordinario de Roberto, su suegro, se levantaba entre decenas de hectáreas de fértil terreno de cultivo y algo así como dos kilómetros cuadrados de monte, que quedaba enfrente de la vivienda, extendiéndose ante ella. Este terreno, denominado El Edén, acogía un auténtico bosque de encinas y robles centenarios, salvado del hacha gracias

a una acertada política de protección que provenía desde tiempos inmemoriales. La espléndida cobertura vegetal propiciaba que el lugar resultara umbrío y majestuoso. En su seno albergaba un manantial caudaloso que, sabiamente aprovechado por sus dueños anteriores, proporcionaba agua más que suficiente para convertir las tierras de labor en una hacienda muy fructífera.

Estos terrenos estaban rodeados de extensas tierras de labranza que conformaban una vasta finca llamada La Amarilla, propiedad de Roberto, quien hacía más de treinta años la había complementado con la adquisición de esta especie de oasis al que pertenecía la casa que Roberto regalara a su hijo y a ella el día de su boda.

Con la compra de esta propiedad, el padre de su marido se aseguró la posibilidad de dotar de agua a la mayor parte de sus tierras, componiendo así un próspero latifundio que acabó convirtiéndole en la persona más rica y poderosa de la zona.

Lo cierto era que Roberto, seis años atrás, había tenido la brillante idea de restaurar la casa y regalársela a su hijo menor para que la disfrutase en compañía de su esposa.

Como era natural, su marido trabajó en la finca familiar hasta que el desdichado accidente puso fin a la etapa más feliz que ella recordaba.

Tras su muerte y acosada por la soledad, Nora tuvo momentos de duda. Incluso llegó a plantearse la posibilidad de abandonar la vivienda. Su suegro intervino durante aquellos tiempos de zozobra, ofreciéndole la oportunidad de trasladarse junto a Andrea, a algunas de las habitaciones de la majestuosa Casa Principal, como se denominaba a la vivienda donde siempre habitaban los dueños de la finca. Allí podría gozar de su compañía, de la de su otro hijo, Berto y también de las personas que componían el servicio.

La propuesta resultaba tentadora y Nora no la desestimó en absoluto. Optó más bien por dejarla aparcada e intentó, apostando por el recuerdo

de los momentos que compartió con su esposo en aquella magnífica morada, permanecer en ella durante algún tiempo acompañada de Andrea. Después, si comprendía que la ausencia de su marido le imposibilitaba la permanencia en aquel lugar, simplemente se trasladaría, aunque siempre había mantenido que una familia debe disponer de un hogar propio. Pensaba que solo así se puede disfrutar de la libertad a la que cada cual aspira.

Pero aprendió a vivir sin él, sin su presencia física, que no sin sus recuerdos, que evocaba una y otra vez. Y supo gozar de la vivienda, unas veces como si él la acompañara y otras en su memoria, como si homenajeara aquellas largas horas pasadas junto a él bajo el magnífico porche donde se encontraba ahora. Algunas veces hablando de los avatares de una larga jornada de trabajo, comentando anécdotas curiosas, prodigándose tiernas caricias o simplemente disfrutando de la brisa que corría libre a la caída de la tarde.

Sin duda, aquella tranquilidad que el aislamiento proporcionaba a la casa la hacía sumamente comfortable. Y se propuso permanecer allí, que era a fin de cuentas lo que más habían deseado tanto su esposo como ella. Sin pasar por alto, desde luego, que si en un momento dado la soledad la acosaba hasta la extenuación, podría abandonarla junto con su hija, en beneficio de la Casa Principal.

Durante unos segundos, la vista de Nora se posó sobre el brocal del pozo, de donde, mediante mecanismos de otras épocas, se había extraído el agua potable para cubrir las necesidades de la vivienda hasta que Roberto dotó a la casa de agua corriente. Aun así, el viejo dispositivo, que no era otra cosa que una polea suspendida de un puente sobre el brocal a la que se enrollaba una cuerda de la que pendía un cubo metálico, seguía funcionando y Nora se complacía cada tres días en sacar a brazo el agua necesaria para regar las plantas. Esto, aparte de ejercitarla físicamente, le ayudaba a matar el tiempo, ya que su supervivencia y la de su hija no

dependían en absoluto de su trabajo. Eso era algo de lo que se encargaba Roberto, dejando para ella tan solo las tareas domésticas. También llevaba y traía a Andrea del colegio, aunque ahora era verano y estaba de vacaciones.

En realidad, efectuaba las labores de la casa porque había declinado la oferta de su suegro para que el servicio de la Casa Principal se encargara también de ese cometido. Nora quiso reivindicar para sí estas tareas, no solo porque deseaba mantenerse entretenida, sino porque en cierto modo le servían para sentirse un tanto emancipada en medio de tanta dependencia.

La casa en cuestión había sufrido una gran remodelación antes de volver a ser ocupada. Tenía unas dimensiones adecuadas. No la vivienda en sí, que era pequeña, pero sí la construcción en su totalidad, que, como era práctica habitual en la época en que fue levantada, estaba compuesta también por establos y graneros, conformando entre todos estos recintos un edificio muy espacioso. Y por ello se respetaron las paredes exteriores, que eran de piedra y se mantenían en perfecto estado, aunque sí se eliminó la capa de cal y arena que las revestía y que estaba muy deteriorada, dejando la piedra a la vista, algo muy apropiado para las viviendas campestres. Del mismo modo, también se conservó la antigua distribución de la vivienda, adaptando el resto de la construcción para servir de perfecto complemento, ya que era plenamente funcional y ofrecía la posibilidad de mantener, aunque solo fuera de una forma imaginaria, una nostálgica conexión con tiempos pasados, lo que en aquel lugar aislado y rústico resultaba muy gratificante.

Además de la planta baja, donde estaban las habitaciones principales, la primera planta estaba constituida por un extenso abuhardillado dividido en dos secciones: un despacho y una parte más amplia donde se acomodó una zona de recreo. Tanto el mobiliario como la decoración habían pasado

de la austeridad más extrema a una completa adaptación a los tiempos actuales, sin hacerle perder a la casa ni un ápice de su condición campestre. El tejado, como era natural, estaba renovado íntegramente puesto que se encontraba muy cerca del derrumbamiento. Y por fin, algo que era muy importante, se sustituyó el antiguo y pequeño porche por el actual, construido de madera en su totalidad y de unas dimensiones muy superiores, dotándolo de una espléndida tarima barnizada bordeada de maceteros donde crecía una gran variedad de plantas domésticas.

Del antiguo porche solo se rescató un viejo columpio de madera, cuyas tablas se habían lijado y vuelto a barnizar y se había sustituido el cordaje por otro nuevo. Ahora pendía de dos vigas hacia un lado de la hermosa galería. Bastaba una brisa suave para verlo moverse con entera libertad, produciendo un ligero sonido de roce, sabiamente respetado, que a veces hasta parecía hacer compañía.

Nora jamás se preguntó quién la había habitado antes de que Roberto la comprara.

La mujer recordó, presa de una dolorosa nostalgia, aquel primer día de la llegada a la casa, cuando descendió del vehículo y quedó frente a frente con el formidable enmaderado que tan cariñosamente la acogía ahora, y en alguna parte de su corazón experimentó la sensación de que ese era el lugar exacto donde deseaba vivir el resto de sus días. A su memoria acudió un pequeño detalle que en aquel momento le pareció de lo más natural, se había apretado contra el pecho de su marido, pensando que aquella vivienda extraordinaria constituía un complemento ideal para la fascinante vida que emprendían los dos juntos.

Siempre había pensado que para alcanzar grandes objetivos en la vida era necesario recorrer mundo y empaparse de experiencias que le permitieran valorar todo cuanto le rodeaba y así, quedarse con aquello que más se amoldara a sus necesidades y a sus gustos. Sin embargo, nada más licenciarse en arquitectura, con la cabeza llena de proyectos, regresó al

pueblo con la idea de permanecer en él durante algunos meses, a fin de disponer de la tranquilidad suficiente para planificar su futuro del modo más adecuado. Y ciertamente lo planificó, pero no fue de la forma que tenía ideada.

Ribera era un pueblo pequeño donde todo parecía girar en torno a La Amarilla. Ese nombre se debía a la escasez de agua que había padecido la finca en épocas anteriores, lo que propiciaba que la mayor parte del año fuese ese el color que presentaba, el color de la hierba agostada. A ojos de la gente, eso era algo sorprendente, puesto que rodeaba por completo al auténtico oasis que constituía El Edén. Los anteriores propietarios de La Amarilla efectuaron innumerables sondeos en el entorno de ese terreno sin conseguir acceder a la arteria principal, viendo así imposibilitados sus deseos de dotar de riego a sus extensos campos.

Por ello se decidió comprar El Edén, para poder explotar debidamente el rico venero. Gracias a esa operación, el agua llegó a casi todos los campos de cultivo de La Amarilla, lo que permitió una mayor productividad que alcanzó su máximo auge cuando unos años más tarde comenzaron a construirse factorías destinadas a envasar los productos que generaba la finca. Aunque tras las obras de extracción de agua y posterior encauzamiento para repartirla por toda la labor esta cambió de apariencia, el antiguo nombre siguió predominando sobre el que los propietarios trataron de imponer, El Edén, ya que a este se debía el asombroso cambio de apariencia que se había producido, pero que nunca nadie recordaba.

De todos modos, La Amarilla daba trabajo a la mayor parte de habitantes de Ribera.

Nora y su padre se habían trasladado a Ribera unos quince años atrás, procedentes de otra parte de la provincia, cuando él instaló allí su farmacia.

En aquella época, era reconocida entre las jóvenes no solo de Ribera, sino también de otros pueblos de la zona, la fama de chico irresistible alcanzada por el hijo pequeño del dueño de La Amarilla. Nora, como no podía ser de otra manera y para no disentir del pensar del resto de las chicas, siempre le había visto como un chico tan apuesto como lejano e inaccesible.

Pero aquella noche de sábado, cuando salía de la discoteca con su inseparable amiga Inma, casi se topó con él en la misma puerta. Rubén la miró de arriba abajo como si acabara de conocerla.

—Tú eres... —Las palabras se apagaron en los labios de Rubén y le dirigió una mirada deliciosa que demandaba comprensión—. Eres...

Pero el nombre no le salía.

Nora sintió que se le cortaba la respiración. Ella, como todas las que le conocían, le consideraba el chico más atractivo que había visto nunca, aunque su condición de rico siempre le mantenía al margen de sus esperanzas. Un hombre así era alguien en quien se podía pensar, incluso hacerse ilusiones, pero no parecía que se pudiera aspirar a mucho más. Y ahora, de pronto, lo tenía enfrente, pugnando por recordar su nombre. Jamás lo hubiera creído. Parecía como si el dios se dignara a bajar a la tierra.

Por su parte, Inma estaba hecha un flan, y de nada sirvió la mirada en demanda de ayuda que le dirigió Nora para intentar salir con éxito de aquella violenta situación. Se estampó de lleno con un gesto de incredulidad que tenía anulada a su amiga por completo. Por ello, viéndose sola ante el peligro, decidió enfrentarse a Rubén sin más ayuda que sus propios recursos personales.

—Soy...

La voz le tembló como tocada por una brisa fría y los nervios amenazaron con colorear su cara. Echó mano de toda la fuerza de su voluntad para conseguir mantener la compostura y abochornada

comprendió que sencillamente no recordaba su nombre. El rubor antes anunciado acudió a sus mejillas y, para una vez que se encontraba cara a cara con él, se dio cuenta de que en aquel instante hubiera deseado estar en cualquier otro lugar. ¡Qué situación tan absurda, por Dios!

—Ya lo recuerdo. Eres Nora, la hija del...

—¡Farmacéutico! —dijo ella, lamentándose enseguida al no poder controlar el tono de triunfo que había conferido a sus palabras, como si fuera todo un reto acordarse de quién era.

—Hace tiempo que no te veía.

—En realidad —dijo ella, agradecida de comprobar que acudía el aplomo a su forma de hablar y comportarse—, paso largas temporadas fuera. Ya sabes, los estudios...

—Sí, eso nos ocurre a todos.

Cuando aquella noche Nora se miró al espejo, empezó a creer lo que ya sospechaba y que la nube de chicos que zumbaba a su alrededor no paraba de recordarle. Se había convertido en una mujer muy atractiva. Un aura de vanidad la invadió de súbito y le resultó muy difícil desprenderse de ella.

—Mamá.

La voz de Andrea sonó de pronto cortando aquellos agradables pensamientos. La niña avanzaba hacia ella, con el vestido y el rostro sucios, el pelo enredado y... una cara de niña pequeña y desvalida que a su madre le llegó al alma. En aquellos momentos, como en tantos otros, Nora se sintió dolida consigo misma por permitirse aquellos enojosos reproches hacia la existencia de su hija que tanto le estaba costando erradicar. ¿Cómo podía ser tan insensible para descargar sobre la niña las desgracias que habían acontecido en su vida?

Cada vez que pensaba en ello, cada vez que inconscientemente la culpaba por la muerte de su padre, el resultado era una especie de aguijón que se le clavaba en el mismo centro del alma. Si se sentía mal, si

experimentaba la necesidad de flagelarse, solo tenía que recordar el modo en que a veces hacía pagar a Andrea por el dolor que sufrió ante la muerte de su progenitor y, más aún, por no haberle sido permitido acompañarlo como era debido, o como le hubiera gustado hacerlo, tanto en su enfermedad como en su despedida. Sabía de sobra que no podía culpar a Andrea por aquel desgraciado asunto, pero en su interior persistía un punto negro, donde a duras penas conseguía eximir a su hija de culpas. Y esto le producía un dolor profundo que la impulsaba a abrazarla y a besarla como si internamente sintiera la necesidad de recompensarla por aquella conducta irracional que tanto pervertía su condición de madre.

—¿Qué quieres, hija mía?

Nora se levantó de la silla y se dirigió hacia la pequeña, descendiendo los escalones que la sacaban del porche. Cuando llegó junto a ella, se agachó y la apretó con fuerza. Dos lágrimas traviesas pugnaron por salir de sus ojos y se vio obligada a reprimirlas. “Qué pena —pensó— que tu padre no esté con nosotras, disfrutando de estos momentos deliciosos. ¿Qué hemos hecho para merecer esto?”. Finalmente no las pudo retener y las lágrimas corrieron por sus mejillas. Cuando alcanzaron la piel aterciopelada de la niña, esta se apartó hacia atrás.

—¿Por qué lloras, mamá?

—Lloro porque estoy muy contenta de que estés aquí conmigo.

La niña, algo sorprendida por las palabras de su madre, se acercó de nuevo hacia ella. No entendía por qué razón se podía llorar cuando se estaba contenta, pero había tantas cosas en los mayores que no comprendía...

—Vamos dentro —murmuró la mujer, ya repuesta de aquel momento de debilidad—. Habrá que darte un buen baño. ¿Has visto qué cara llevas?

—La de siempre, ¿no?

—La de siempre, no. Hoy está más sucia que nunca. Eres una señorita un poco... descuidada.

Andrea se apartó del lado de su madre y comenzó a caminar hacia la casa. Se contoneaba de forma bastante aparatosa.

—Es verdad que soy una señorita —dijo pavoneándose—, pero nada de descuidada. Faltaría más.

Nora esbozó una sonrisa agradeciendo en silencio aquella bendita facilidad que tienen los niños para convertir un instante de dolor en un momento delicioso y caminó tras ella con unas ganas enormes de comérsela a besos.

Cuando subió los escalones que la separaban del porche, llegó hasta ella el familiar sonido del columpio y hacia él dirigió su mirada. El balancín se movía con suavidad. Y Nora encontró en aquel movimiento y en aquel sonido algo entrañable, más cercano ahora tras el episodio que había vivido con su hija. Y con esos pensamientos disfrutó de la brisa que corría a la caída de la tarde.